

—De todos modos hubiera usted debido buscar otro medio más sencillo.

—Pero ¡si esto no lo puede ser más!—dijo Saccard admirado.—¿Qué encuentra usted aquí que sea complicado?

Aristides no tenía conciencia del increíble número de hilos que añadía al negocio más vulgar: gozaba verdaderamente con aquel cuento estafalario que había referido á Renata, y lo que más le entusiasmaba era la imprudencia de la mentira, la acumulación de dificultades y la asombrosa complicación de la intriga. Ya habría podido tener mucho tiempo antes los terrenos, á no ser por haber ideado aquel embrollo, pero á no ser así no hubiera gozado tanto. Además había puesto un cándido empeño en hacer del negocio de Charonne todo un melodrama financiero.

Se levantó, cogió del brazo á Sansonneau, y dirigiéndose hacia el salón, dijo:

—Me ha entendido usted ¿no es así? Por ahora límitese usted á seguir mis instrucciones y luego me aplaudirá... Querido mío, hace usted mal en llevar guantes amarillos... Eso es lo que le echa á usted á perder.

—¡Oh!—murmuró sonriendo el agente—los guantes tienen la buena condición, querido maestro, de que con ellos se puede tocar todo sin ensuciarse.

Al entrar en el salón, Saccard, quedó sorprendido y aún algo contrariado al ver á Máximo. El joven estaba sentado en un confidente, cerca de una señora rubia, que le contaba con monótono acento una larga historia, la suya sin duda. Había oído en efecto la conversación de su padre y Sansonneau: los dos le parecían unos grandes pillastres y enojado aún por la traición de Renata, gozaba cobardemente con la idea de que la joven iba á ser objeto de un robo. Aquello era para él una venganza. Su padre se acercó, con aire receloso, pero Máximo, mostrándole á la rubia, le dijo al oído:

—No es mala, ¿verdad? Voy á conquistarla para esta noche.

Saccard entonces se hizo el pollo galante. Laura de Aurigny se unió á ella un momento, quejándose de que Máximo apenas si la visitaba una vez al mes. El joven contestó que había estado muy ocupado, lo cual hizo reír á todos, y añadió que en adelante le verían en todas partes.

—He escrito una tragedia—dijo—y hasta ayer no terminé el último acto... Ahora espero descansar en casa de todas las bellezas de París.

Y reía y gozaba con todas sus alusiones que él solo podía comprender. Entretanto no habían quedado en el salón más que Rozán y Sansonneau. Padre é hijo se levantaron y entonces la de Au-



rigny habló en voz baja al duque, quien pareció quedar contrariado y sorprendido.

—No; de verdad, esta noche no—dijo Laura á media voz viendo que el duque no se levantaba de la butaca.—Tengo jaqueca. Mañana lo prometo.

Rozán no tuvo más remedio que marcharse y cuando estuvo en la antesala Laura dijo rápidamente á Sansonneau:

—Eh, gran Sar. Ya ves que soy mujer de palabra... Embístele en su coche.

Cuando la rubia se hubo despedido de aquellos señores para subir á su habitación que estaba en el piso superior, Saccard se quedó asombrado al ver que Maximo no la seguía.

—Pues, ¿y eso?—le preguntó.

—Lo he pensado mejor y he desistido—respondió el joven.

Después tuyo una ocurrencia feliz.

—Te celo mi puesto si quieres. Decídete, porque todavía no habrá cerrado su puerta.

El padre se encogió de hombros, diciendo:

—Gracias; por el momento tengo algo mejor que todo eso, querido niño.

Los cuatro hombres bajaron. Ya en la calle, el duque quería llevarse á Sansonneau en su coche, puesto que su madre vivía en el Marais y hubiera dejado al agente á la puerta de su casa. Sanson-

neau no aceptó; cerró la puerta él mismo y dió orden de arrear al cochero, quedándose en la acera con los otros dos, charlando y sin alejarse.

—¡Ah, pobre Rozán!—exclamó Saccard que lo comprendió todo.

Sansonneau juró que se equivocaban, que se reía de aquellas cosas y que era algo más práctico. Pero como los otros dos continuaban bromeando y el frío era muy intenso, acabó por decir:

—¡Y bien, tanto peor, voy á llamar!... Son ustedes muy indiscretos.

—¡Buenas noches!—dijo Máximo cuando la puerta se cerraba.

Y cogiéndose del brazo de su padre, subió con él el bulevar. Hacía una de esas claras noches de helada. Saccard decía que ya tenía trabajo Sansonneau, pues con la de Aurigny no se podía ser más que amigo. De aquí llegó hasta hablar mal de los amores con aquellas muchachas, mostrándose moral y pronunciando sentencias y consejos de asombrosa prudencia.

—Mira—decía á su hijo—eso, como todo, tiene su época... En ella se pierde la salud y no se goza la verdadera dicha. Ya sabes que no soy un cursis; pues bien, estoy harto, me retiro.

Máximo se burlaba; detuvo á su padre, y contemplándole á la clara luz de la luna declaró que



tenía «una buena cabeza.» Saccard se puso todavía más serio.

—Búrlate todo lo que quieras. Te repito que no hay nada como el matrimonio para conservar á un hombre y hacerle dichoso.

Entonces le habló de Luisa y aflojó el paso para terminar aquel asunto, ya que de ello hablaban. La cosa estaba completamente arreglada: había fijado con M. de Mareuil la fecha de la firma del contrato para el domingo siguiente al primer jueves de Cuaresma. Aquel día debía celebrarse una gran reunión en el hotel del Parque Monceaux y la aprovecharía para anunciar públicamente la boda. Máximo asintió á todo. Se había desembarazado de Renata y no veía obstáculo ninguno: se entregaba á su padre del mismo modo que antes se había entregado á su madrastra.

—Convenido,—dijo á Saccard.—Pero no digas nada á Renata. Sus amigas se burlarían de mí; prefiero que lo sepan cuando todos.

Aristides le ofreció no decirlo. Después, y al llegar hacia la altura del boulevard Malesherbes, le volvió á dar infinitad de excelentes consejos y le indicó lo que debía hacer para que su casa fuese un paraíso.

—Sobre todo, no rompas nunca con tu mujer. Esa es la mayor barbaridad. Una mujer con quien no se está en relaciones, cuesta un ojo de la

cara. . y además es preciso mantener una quinta. Después el gasto de la casa es mayor, los trajes, los placeres particulares de la señora, las amigas, todo el infierno y su tren.

Se encontraba en un momento de extraordinaria virtud. El éxito de su negocio de Charonne le producía en el corazón ternezas de idilio.

—Yo,—continuó,—había nacido para vivir feliz é ignorado en el fondo de alguna aldea, rodeado de toda mi familia... Nadie conoce mi carácter, hijo mío... Mi aspecto es así, como de bullicioso, pues muy al contrario: mi anhelo sería estar siempre al lado de mi mujer; abandonaría todos mis negocios á cambio de una modesta renta que me permitiese retirarme á Plassans... Tú vas á ser rico, procura hacerte un nido en el que vivais como dos tortolillos. ¡Eso es tan bueno! Iré á veros y gozaré con ello.

Al fin concluyó por hablar lacrimosamente.

Entre tanto, habían llegado á la verja del hotel y continuaban charlando. Sobre aquellas alturas de París, soplaban el viento más frío. Ni un ruido se escuchaba en la noche pálida y blanqueada por el hielo.

Máximo, sorprendido de las ternezas de su padre, hacía un instante que tenía una pregunta en los labios.

—Pero tú, - dijo al fin,—me parece que...



—¿Qué?

—¿Con tu mujer...?

Saccard se encogió de hombros.

—Sí, es verdad. Yo era un imbécil, y por eso te hablo por experiencia... Pero al fin, nos hemos vuelto á reunir, y esta vez por completo. Pronto hará seis semanas. Cuando no me retiro tarde, por la noche, voy á buscarla á su habitación. Hoy, la pobrecita cordera, tendrá que pasarse sin mí, porque voy á trabajar hasta ser de día. ¡Qué admirablemente formada está!

Al ver que Máximo le tendía la mano, le retuvo y añadió con voz más baja y tono confidencial:

—La cintura es como la de Blanca Muller ¿sabes? pero diez veces más flexible. Y las caderas tienen un contorno y una delicadeza...

Y concluyó diciendo al joven, que se marchaba:

—Tú eres como yo, tienes corazón; tu mujer será feliz... Hasta la vista, hijo mío.

Cuando Máximo se hubo desembarazado de su padre, dió rápidamente la vuelta al parque. Lo que acababa de oír le sorprendía de tal modo, que sentía la irresistible necesidad de ver á Renata. Quería pedirla perdón de su brutalidad, saber por qué le había mentado, nombrándole á M. de Saffré y conocer la historia de las ternezas

de su padre. Pero todo esto confusamente, con el único y exclusivo deseo de fumar un cigarro en su cuarto y reanudar su confianza. Si la encontraba de buen humor, contaba hasta anunciarla su matrimonio, para hacerla comprender que sus amores debían quedar muertos y enterrados.

Cuando hubo abierto la puertecita, cuya llave afortunadamente conservaba, concluyó por decirse á sí mismo que después de la confidencia de su padre, aquella visita era necesaria y conveniente.

En la estufa silbó como la noche anterior, pero no tuvo que aguardar. Renata le abrió la puerta del saloncito y echó á andar silenciosamente. La joven acababa de llegar de un baile del Ayuntamiento y todavía llevaba el vestido, un traje blanco de tul bullonado, sembrado de lazos de raso. Las faldas estaban guarnecidas con un ancho encaje de azabache blanco, que á la luz de los candelabros tomaba reflejos de azul y rosa.

Cuando Máximo, ya arriba, la miró, se conmovió al ver su palidez y la profunda emoción que la embargaba; sin duda Renata no le esperaba, pues se había alterado al verle llegar. Celeste entró, volviendo del guardarropas con una camisa de dormir, y los amantes continuaron guardando silencio, esperando que la camarera se marchase para hablar. Generalmente no se guardaban de



ella, pero en aquella ocasión, les daba cierta vergüenza pensar en las cosas que se tenían que decir.

Renata se hizo desnudar en el dormitorio, en el que había un gran fuego. La camarera desprendió los alfileres y fué despojándola de todos los adornos, uno á uno, sin darse mucha prisa. Máximo, aburrido, cogió maquinalmente la camisa que se encontraba á su lado, sobre una silla, y se puso á calentarla ante la llama, inclinado y con los brazos extendidos. En días más felices tenía la costumbre de hacer aquel servicio á Renata. Ella se sintió conmovida. El joven, al ver que Celeste no concluía, preguntó:

—¿Te has divertido mucho en ese baile?

—¡Oh! no; ya sabes que todos son iguales. Mucha gente, una verdadera confusión.

Máximo volvió la camisa, que ya estaba caliente por un lado.

—¿Qué traje llevaba Adelina?—preguntó.

—Un vestido malva, bastante mal combinado... Ella es pequeña y la ha entrado la rabia de los volantes.

Hablaron de otras mujeres. Entre tanto Máximo se abrasaba los dedos con la camisa.

—Pero la vas á quemar,—dijo Renata con cariñoso acento.

Celeste cogió la camisa de manos del joven. Este

se levantó, fué á mirar el espacioso lecho gris y rosa, pero se detuvo en uno de los ramos de la alfombra, volviendo la cabeza para no ver desnudo el redondo é incitante seno de la joven. Aquello era instintivo; no se consideraba su amante y no tenía derecho á verla. Después sacó un cigarro del bolsillo y lo encendió, usando del permiso que Renata le había dado para fumar en sus habitaciones. Por último, Celeste se retiró, dejando á la joven junto al fuego, completamente vestida de blanco.

Máximo siguió paseando algunos instantes más, silencioso y mirando de reojo á Renata, á quien parecía asaltar un nuevo estremecimiento. Plantándose delante de la chimenea, con el cigarro entre los dientes, le preguntó con brusco acento:

—¿Por qué no me decías que el que anoche estaba contigo era mi padre?

La joven levantó la cabeza, abriendo desmesuradamente los ojos y mirándole con suprema angustia: después, una oleada de sangre enrojeció su semblante, y confundida de vergüenza se cubrió el rostro con las manos, balbuceando:

—¿Tú lo sabes? ¿Lo sabes?...

Se rehizo sin embargo, y trató de mentir.

—No es verdad... ¿Quién te lo ha dicho?

Máximo se encogió de hombros.

—¡Pardiez! El mismo, que te encuentra linda-



mente formada y me ha hablado de tus caderas.

Y dejó escapar un ligero gesto de despecho; pero prosiguió paseando y diciendo con acento enojado y amistoso, entre bocanadas de humo:

—Verdaderamente no te comprendo. Eres una mujer singular. Ayer, tú tuviste la culpa de que yo fuese grosero. Si me hubieras dicho que era mi padre, me habría marchado tranquilamente. Yo no tengo derecho... ¡Pero me nombraste á M. de Saffré!

Renata sollozaba, tapándose la cara con las manos. Máximo se acercó y se arrodilló ante ella, separándola las manos á la fuerza.

—Vamos á ver, dime; ¿por qué me nombraste á M. de Saffré?

Entonces, volviendo la cabeza al otro lado, respondió en medio de sus lágrimas, en voz baja:

—Creí que me abandonarías si sabías que tu padre...

El joven se levantó, cogió de nuevo su cigarro que había dejado encima de la chimenea y se contentó con murmurar:

—¡Qué original eres!

Renata ya no lloraba. Las llamas de la chimenea y el fuego de sus mejillas, secaban sus lágrimas. El asombro de ver á Máximo tan sereno ante una revelación que ella creía debía anonadarle, la hacía olvidar su vergüenza. Le miraba pasear

y le oía hablar como si soñase; él la repetía, sin dejar su cigarro, que no era razonable, que era muy natural que tuviese relaciones con su marido y que él realmente no podía incomodarse. ¡Pero eso de decir el nombre de un amante que no se tiene! Y siempre volvía á lo mismo, á aquello que no podía explicarse y que le parecía realmente monstruoso. Por último, habló de la «loca imaginación» de las mujeres.

—Tienes la cabeza trastornada, querida mía; es preciso cuidar eso.

Después la preguntó con curiosidad:

—¿Por qué me dijiste M. de Saffré y no cualquier otro?

—Porque me hace el amor.

Máximo reprimió una impertinencia; iba á decirle que sin duda se había creído más envejecida al confesar á M. de Saffré como amante suyo. No hizo, sin embargo, más que sonreírse ante la idea de aquella grosería, y arrojando su cigarro al fuego, se sentó al otro lado de la chimenea. Habló razonablemente de Renata, dándole á entender que debían seguir siendo buenos amigos. Las fijas miradas de la joven le confundían algo, y no se atrevió á hablarle de su matrimonio. Ella le contemplaba detenidamente, con los ojos todavía encarnados por el llanto, y le encontraba pobre, mezquino y miserable, pero le amaba á pesar de



todo, de igual modo que amaba sus encajes. Verdaderamente estaba guapo; al volver la cabeza el resplandor de las bugías le doraba los cabellos y deslizándose por el rostro, entre el ligero vello de sus mejillas, le prestaba rubicundeces encantadoras.

—Es preciso que me retire,—había dicho Máximo varias veces.

Estaba resuelto á no quedarse y además Renata no lo hubiera consentido, puesto que ambos pensaban y decían que ya no eran más que amigos. Y cuando por fin Máximo, apretó la mano de la joven y estaba á punto de abandonar la habitación, ella le detuvo un instante, hablándole de su padre, de quien hacía grandes elogios.

—Mira lo que son las cosas; yo sentía remordimientos. Prefiero que esto haya sucedido... No conoces á tu padre; yo me he sorprendido al verle tan bueno y tan desinteresado. ¡El pobre tiene muchos dolores de cabeza!

Máximo se miraba las puntas de las botas, sin responder y con aspecto impaciente. Ella insistía.

—Mientras ha estado sin venir á mi cuarto me era indiferente. Pero ahora... cuando lo veo aquí, bueno y afectuoso, entregándome un dinero que ha necesitado buscar por todos los rincones de París, sin una queja y arruinándose por mí... ¡Si

supieras con cuanto cuidado ha velado por mis intereses!

El joven se volvió hacia la chimenea, contra la cual se recostó, quedándose allí como contrariado, con la cabeza baja y con una sonrisa que poco á poco iba apareciendo en sus labios.

—Sí,—murmuró—mi padre es muy aficionado á velar por los intereses ajenos.

El tono de su voz asombró á Renata; le miró, y él, como para defenderse, añadió:

—¡Oh! yo no sé nada... Digo solamente que mi padre es un hombre muy hábil.

—Te equivocas al hablar mal de él,—prosiguió ella.—Le juzgas muy mal... Si yo te digese todos sus apuros, si te repitiese todo lo que me ha contado esta tarde, verías como se engañaban los que creen que tiene dinero...

Máximo no pudo contener un movimiento de hombros é interrumpió á su madrastra con tono irónico.

—¡Vaya si le conozco, y demasiado bien!... ¡Qué cosas tan buenas debe haberte dicho! Cuéntamelas, cuéntamelas.

Aquel tono burlón la hacía daño. Renata repitió sus elogios, encontrando á su marido á gran altura en conocimientos financieros; habló del negocio de Charonne, de todo aquel embrollo, del que nada había comprendido, como de una catástrofe



en la que se había revelado la inteligencia y la bondad de Saccard, añadiendo que firmaría la escritura de cesión al día siguiente, y que si aquello era realmente un desastre, lo aceptaba en castigo de sus faltas. Máximo la dejó hablar, dirigiéndola burlonas miradas; después dijo á media voz:

—¡Eso es! Está bien.

Y en voz más alta, poniendo la mano sobre el hombro de Renata:

—Querida mía, te doy las gracias, pero ya conocía esa historia. ¡Qué buena pasta tienes!

Hizo nuevamente ademán de irse; sentía una comezón furiosa por contárselo todo. Le había exasperado con sus elogios al marido y olvidaba que se había prometido á sí mismo no hablar, para evitar todo disgusto.

—¡Qué! ¿Qué quieres decir?

—¡Pardiez! Que mi padre te embauca de la manera más linda del mundo. ¡Me das lástima! ¡Eres demasiado simple!

Y cobarde, solapadamente, gozando un placer secreto en descender á aquellas infamias, contó á Renata lo que había oído en casa de Laura, pareciéndole así que se vengaba de alguna vaga injuria que se le acababa de hacer; su temperamento afeminado se recreaba en aquella denuncia, en aquel cruel secreto sorprendido detras de una puerta. Nada ocultó á Renata. Ni el dinero que su

marido la había prestado usurariamente, ni el que esperaba robarle con aquellos ridículos cuentos propios para hacer dormir á los niños. La joven le escuchaba pálida y con los dientes apretados. De pie, delante de la chimenea, solo bajaba la cabeza como para mirar la lumbre. Su traje de noche, aquella camisa que Máximo le había calentado, se entrecabría dejando ver su marmórea é inmóvil blancura.

—Te cuento todo esto,—dijo el joven,—para que sepas á qué atenerte... Pero harás mal en odiar á mi padre por ello. No es malo. Tiene sus defectos como todo el mundo... Hasta mañana.

Renata le detuvo con brusco ademán.

—¡Quédate!—dijo imperiosamente.

Y cogiéndole, atrayéndole hacia sí, y sentándolo casi sobre sus rodillas, delante del fuego, le besó en los labios, diciendo:

—Y bien, sería una estupidez que nos molestásemos por nada... ¿No sabes que desde ayer, desde que quisiste romper conmigo, tengo la cabeza loca? Estoy como imbécil. Esta noche, en el baile, tenía una niebla ante mis ojos, y es que te necesito para vivir. Cuando tu me abandones, me encontraré en el vacío... No te rías, te digo lo que pienso.

La joven le miraba con infinita ternura como si hiciese mucho tiempo que no le hubiera visto.



—Tú me has calificado bien; estoy hecha una simple; tu padre hoy me hubiera hecho ver estrellas al mediodía. ¿Acaso sabía yo lo que me contaba? En tanto que me refería sus cuentos, yo no oía más que un gran rumor, y de tal manera estaba aturdida que me hubiera puesto de rodillas, si hubiese querido, para firmar sus papelotes. ¡Y yo que creía que tenía remordimientos!... ¡Verdaderamente he sido muy estúpida para llegar hasta ese punto!

Y prorrumpió en carcajadas; fulgores de locura relucían en sus ojos, y continuó estrechando á su amante con más fuerza.

—¿Acaso hacemos mal? Nos amamos y nos divertimos como nos parece. Todo el mundo hace lo mismo. Mira á tu padre que no se molesta por nada. Le gusta el dinero y lo coge donde lo encuentra. Tienes razón: eso me tranquiliza... Por de pronto no firmaré nada y tú vendrás todas las noches. He temido que no me quisieras ya por lo que te he dicho... Pero si nada te importa... y además no le dejaré entrar.

Renata se levantó y encendió la lamparilla, mientras Máximo, desesperado, vacilaba. Veía la tontería que había cometido y se reprochaba duramente el haber charlado demasiado. ¿Cómo anunciarla ahora su matrimonio?

La culpa era suya; verificado el rompimiento,

ninguna necesidad tenía de haber subido á aquella habitación, y mucho menos ir á probar á la joven que su marido la engañaba. Y lo que más redoblaba su cólera contra sí mismo, era lo que no sabía lo que le había impulsado á obrar de tal modo.

Pero si bien es cierto que durante un instante tuvo el pensamiento de ser brutal una vez más y marcharse, cuando se encontró delante de Renata tuvo miedo y se quedó.

Al día siguiente, cuando Saccard fué á ver á su mujer para hacerla firmar la escritura, ésta respondió tranquilamente que había pensado de otro modo y que no quería firmar.

No hizo ninguna otra alusión: se había jurado á sí misma ser discreta para no proporcionarse disgustos y gozar, tranquilamente, la renovación de sus amores.

El negocio de Charonne se arreglaría como pudiera: su negativa á firmar, no era más que una venganza; lo demás le importaba poco.

Saccard estuvo á punto de perder los estribos; todo su sueño se destruía; sus demás negocios iban de mal en peor; todos sus recursos estaban agotados y sólo se sostenía por un equilibrio milagroso; aquella misma mañana no había podido pagar la cuenta del panadero, lo cual no le impedía preparar una fiesta espléndida para el jueves pri-



mero de Cuaresma. Ante la negativa de Renata; experimentó la cólera biliosa del hombre vigoroso que se ve detenido en una obra por el capricho de un niño.

Con la escritura de cesión en el bolsillo esperaba proporcionarse dinero, mientras llegaba la indemnización.

Después, cuando se serenó un tanto y su inteligencia se despejó, se asombró del brusco cambio de su mujer: seguramente la habían aconsejado. Adivinó que había algún amante: fué aquel un presentimiento tan claro, que corrió á casa de su hermana para interrogarla y preguntarla si sabía algo de la vida secreta de Renata. Sidonia se manifestó muy agria: no podía perdonar á su cuñada la afrenta que la había hecho pasar, no queriendo ver á M. de Saffré; así es que cuando comprendió por las preguntas de Saccard, que éste sospechaba de la honradez de su mujer, exclamó que estaba segura que tenía un amante y se ofreció á espiar por si misma á los tortolillos. Ya vería aquella presumida como las gastaba ella.

Saccard tenía por costumbre no querer saber verdades desagradables, y sólo su interés era lo que le obligaba á abrir los ojos, que tan prudentemente tenía cerrados; aceptó el ofrecimiento de su hermana.

—Vete tranquilo, lo sabré todo,—dijo Sidonia

con acento compasivo.—¡Ah, pobre hermano mio! ¡Angela no te hubiera hecho traición nunca! ¡Un marido tan bueno, tan generoso! Esas muñecas de París no tienen corazón... ¡Y yo que siempre la estoy dando buenos consejos!